

Je ne suis pas de ceux qui disent: —Ce n'est rien, c'est une femme qui se noie.

MUSSET.

UNA mujer culta, distinguida, una señora de buena familia, con bastante talento, capaz de escribir y que sólo por modestia no aspira a un premio literario, nos dirigió, hace poco, una carta completamente equivocada. Después de muchas felicitaciones expresábanos su entusiasta adhesión a María Carolina Geel, hablaba de "su causa" y decía que todas las mujeres debían hacer lo mismo... Le contestamos que orientara mejor sus bríos justicieros; porque no se trataba de lo que ella creía, sino de algo muy distinto. Procuramos explicárselo para convencerla de que el caso era, justamente, inexplicable. Ignoramos si nos entendió y creemos dudoso haberla convencido. La gente ama mucho sus errores.

Un desaliento semejante nos acomete al contestarle a Benjamín Subercaseaux.

Pero conviene hacerlo; porque ha hablado al público, y otros, acaso, entenderán.

Preciso será, desde luego, advertir que la equivocación del escritor difiere de la otra. Aquí no hay felicitaciones de ninguna especie. Al contrario. El piensa que si una mujer está ahogándose, el deber del varón consiste en tirarle piedras para que se ahogue luego. Así lo hizo él otra vez con otra escritora que también se hallaba en un trance difícil. No es, por tanto, novicio en este atacar. ¿Qué se habían imaginado ustedes?

En seguida, habla indignado contra un libro de María Carolina Geel, todavía inédito.

Suelen los autores reprochar a los críticos que juzguen sus obras antes de leerlas hasta el fin. Los críticos responden: "No es preciso beberse el tonel para catar un vino". Buena contestación. Un sorbo, a veces, basta, o el simple olor: si la materia está mala, aunque se anuncie como santa, hiede. Pues bien, aquí escuchamos el juicio perentorio de un autor sobre una obra que ni siquiera ha oído.

Tanto resulta sospechoso y débil, que él mismo, al lanzarlo, en un rapto de lucidez, confiesa: "Es muy arriesgado escribir sobre estas cosas, cuando no se conoce el tal libro..."

Es, efectivamente, arriesgado escribir sobre un libro que no se conoce; eso, en castellano, se llama hablar al divino botón o, como diría nuestro docto colega, el padre Morales, "al moco-suena, moco-suene", sin ton ni son, por darle gusto a la boca, perdiendo una preciosa ocasión de cerrarla.

Si el ilustre escritor a quien contestamos lo hubiera hecho, habría tenido tiempo de informarse y acaso habría oído cosas dignas de oírse.

Por ejemplo, ésta: que María Carolina Geel no escribió su libro para defenderse, que ella no procura inspirar lástima ni pide que la absuelvan.

Se trata, en verdad, de un caso sumamente raro. Nosotros estamos por

creerlo único. Arraiga en el instinto fundamental de conservación el levantar las manos para detener el golpe y era lo que esperábamos, cuando nos permitimos darle a la escritora el consejo de contar su caso y describir su situación. Nuestra sorpresa inicial se volvió asombro, cuando, llegados a la última página de las que, poco a poco, nos iban llegando, advertimos el increíble, el extraordinario hecho.

María Carolina Geel, no solamente eludía toda autodefensa, sino que tampoco se acusaba o culpaba a otros: a la sociedad, al destino, a Dios, a un

convencido, a los que no le queda sino morir, resignada a su suerte, María Carolina Geel ha escrito. Es absurdo; pero es así; la vida está llena de ilogismo. Su temperamento de escritora se había manifestado en varias novelas de un ambiente extraño donde el talento flotaba, sin hallar, como si dijéramos, punto de apoyo. Más que personajes o intrigas, creaba atmósfera, sugería la existencia de un mundo singular, un tanto fantasmagórico, no bien encarnado. Interesaba y desconcertaba. El golpe sangriento y atroz del drama, ¿operó sobre su cerebro como el

choque eléctrico? Los elementos dispersos que su mano pugnaba por asir extrayéndolos de una penumbra dudosa, ¿cuajaron, de pronto, en la cárcel, entre seres terribles? ¿Despertó entonces de su semisueño? No pretendemos inducir a nadie al asesinato para realizar una obra de arte; pero las vías del talento literario son inexcrutables y no cabe cerrar los ojos ante la evidencia.

El libro de María Carolina Geel es extraordinariamente hermoso. Está escrito con una suprema dignidad. Pinta crudamente las escenas y personajes de pesadilla que giran en torno suyo, no omite detalles ni disimula los hechos. Sin embargo, no se sabe cómo ella se mantiene a distancia, sin descender, sin mezclarse. Lo dice y lo hace ver todo, por sus pasos contados, sin dar uno solo en falso.

Unas pocas páginas le bastan para enfrentarnos a su drama y conducirnos hasta el momento trágico. ¡Qué difícil para ella decirlo! Después de haberle quitado la vida a un hombre, no podía herirlo más, no podía rozarlo siquiera. ¿Cómo? Lo consigue.

Es el prodigio del estilo, el secreto de la forma, ese elemento íntimo que toman como superficial, una corriente brotada de las honduras más recónditas y que suelen creer vestidura sobrepuesta y artificial, porque los artistas pasan, a veces, la vida luchando por abrirse paso, sin lograrlo. Cuestión de medida, de ritmo, problema en que intervienen matices imperceptiblemente equilibrados, rasgos ligeros, fundamentales, valores que varían a cada minuto y que deben fijarse para la eternidad.

María Carolina Geel no escribió su obra para publicarla. La necesitaba por ese imperativo que había en ella y que era como su destino. Erase preciso expresarse, no sólo para ponerse en comunicación con el mundo, sino con ella misma, de puertas adentro, en un diálogo interior.

Una vez escrito el libro, lo abandonó.

Sentimos mucho decirle a Benjamín Subercaseaux que está equivocado, que el libro es bello y digno, que llamará prodigiosamente la atención, y lo merece; pero, ¿qué hacerle? Preciso es, a veces, resignarse al talento y reconocer el éxito de los demás.

H. D. A.

EL CASO DE MARIA CAROLINA GEEL

POR HERNÁN DÍAZ ARRIETA



hombre. Ninguna frase sonora en su narración, totalmente objetiva, aunque no imposible. Una ausencia absoluta de amor propio, vanidad, jactancia, exhibicionismo. Quedamos estupefactos.

Su posición parece ésta: había matado, debían matarla.

Nada más.

Objetarán:

—¿Y por qué no se suicida entonces? ¿Para qué escribe?

Estas preguntas obedecen a la lógica. Por lo general, todas las preguntas que hace el hombre obedecen a la lógica, reclaman la lógica. Son las respuestas que da la vida, es la contestación de los hechos lo que no resulta siempre lógico. ¿Por qué no se suicida tanta gente completamente desesperada, sin fe, sin religión, sin esperanzas, y, en cambio, se dan un tiro otras que parecían tenerlo todo? ¿Por qué una mujer enamorada, cuando el hombre le ofrece matrimonio, en vez de casarse con él, lo ejecuta? No lo sabemos. Nadie lo sabe. Miramos a la gente por fuera, sin ver sus resortes íntimos, y la persona misma, cuando se analiza, también "se ve por fuera", ignora las razones profundas, completamente misteriosas, de sus acciones.

Es el caso de María Carolina Geel. Tuvo valor para sacar el revólver y disparar contra un hombre indefenso, frente a ella, no para volverlo contra sí misma, aunque en el fondo lo ansiaba. Le reservó eso a la justicia; estaba conforme con la justicia. Abogados y médicos no han obtenido de ella un sólo argumento para defenderla. Dicen que no se había visto nunca.

Pero, además del caso judicial y humano, hay, no menos sorprendente, el caso literario.

¿Por qué ha escrito?

Porque es escritora.

Nació con la vocación de escribir. Hay seres así, para quienes el mundo carece de importancia, si no pueden reproducirlo. Son seres monstruosos; pero existen, no se les puede negar ni suprimir. En la cárcel, sinceramente

Alguien le preguntó a la baronesa Burdett-Courtts, que tenía 90 años, a qué edad deja una mujer de esperar un romance. Contestó:

—¡Dios mío, no lo sé todavía!

"ZIG-ZAG"